

# El que siembra sangre

Arne  
Dahl

Traducción  
de Mónica Corral  
y Martin Lexell

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín

Título original: *Ont blod*

Ilustración de la cubierta: © Géraldine Georges

© Arne Dahl, 1998, publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

© de la traducción del sueco, Mónica Corral y Martin Lexell, 2011

© Ediciones Destino, S. A., 2011  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

«Un dolor inexpresable», pensó. «Ahora sé lo que es.»

«Nunca es tarde para aprender», se dijo; y la risa macabra resultó inaudible. «Nunca es tarde para morir», se dijo; y su risa se transformó en otro grito mudo lanzado desde lo más profundo de su alma.

Cuando llegó un nuevo ataque de dolor, supo con una claridad cristalina que acababa de reírse por última vez.

El sufrimiento no iba a peor. Con una mezcla de satisfacción y horror —aún conservaba la capacidad de distinguir un sentimiento del otro—, notó que la intensidad había alcanzado su punto álgido. Comprendió que ahora otro proceso tomaría el relevo.

La caída.

La curva de dolor ya no subía, se iba aplanando, y a lo lejos divisaba aquel vertiginoso descenso que, con la inexorabilidad de un tobogán, terminaba en la nada. O —y luchó contra la idea— en Dios.

Los poros de su cuerpo estaban abiertos del todo, como pequeñas bocas que gritaban el gran «¿por qué?» que él mismo era incapaz de pronunciar.

Las imágenes acudían a su mente; sabía que iba a ser así. Habían aparecido cuando el dolor crecía, ascendiendo a niveles que jamás, ni en sus más oscuras pesadillas, habría podido imaginar. Le asombraron las posibilida-

des de sufrimiento que durante todos esos años habían permanecido ocultas en su interior.

«Así que esto existe. Llevamos dentro de nosotros el potencial de sufrir con esta intensidad.»

Mientras todo su ser estallaba en una oleada tras otra, el dolor parecía abandonar poco a poco los dedos, el sexo y el cuello para desplazarse hasta un lugar fuera del cuerpo, convirtiéndose de alguna manera en algo general: se elevó por encima de él e invadió su... —tuvo que hacer un esfuerzo para pensar la palabra— su alma. Intentó mantener despejada la mente. Pero entonces le asaltaron las visiones.

Al principio había luchado para conservar el contacto con el mundo exterior, con los gigantescos cuerpos de los aviones que desfilaban ruidosamente al otro lado del pequeño hueco en la pared que hacía de ventana, y la callada figura del verdugo que de vez en cuando se movía de un lado para otro con sus herramientas mortales. Poco a poco, los atronadores aeroplanos se fueron fundiendo con los recuerdos, y se transformaron también ellos en rugientes espíritus infernales.

Las imágenes se le agolpaban: la forma en la que llegaban, el orden entre ellas, su estructura. Vio la inolvidable decoración interior de la sala de partos en la que nació su hijo, algo que él no presencié, pues estaba vomitando en el baño. Pero ahora se encontraba en aquella sala y le parecía bonita, desprovista de olores, de ruidos. El testigo de la vida se pasaba en un ámbito limpio. Saludaba a gente que conocía, grandes escritores. Caminaba por pasillos señoriales. Hacía el amor con su mujer, y la cara de ella mostraba una felicidad que jamás había visto. Estaba subido a una tribuna y la gente aplaudía con gran entusiasmo. Nuevos pasillos, encuentros, reuniones. Salía en la televisión, objeto de miradas de admiración. Se vio escribiendo con ardiente pasión, se vio leer un libro tras otro, un papel tras otro. Cuando el dolor

remitió un instante y el estruendo de los aviones lo hizo volver en sí, advirtió que se había visto a sí mismo leyendo y escribiendo, pero que no había podido ver aquello que leía o escribía; durante esos breves instantes de calma se preguntó qué podía significar.

Ahora empezaba el descenso; lo sentía con claridad. Cuando las punzadas llegaron, ya no pudieron alcanzarlo. Huía de su torturador; al final le ganaría la partida. Incluso tuvo fuerzas para escupirle y la única réplica fue un crujido, seguido por una leve, muy leve intensificación del dolor. De la oscuridad surgió un dragón aullante, convertido en un avión que dejó una estela que se rezagaba y que envolvía, como si de un velo se tratara, el campo de fútbol donde su hijo lanzaba nerviosas miradas hacia la banda. Lo saludó con una mano, pero él no lo vio. Empezó a agitar las manos y gritó, aunque fue en vano; el niño parecía cada vez más resignado, hasta el punto de marcar un gol en propia puerta de pura distracción, o quizá como protesta. Luego, junto a la librería, esa joven mujer, las miradas de admiración... Van paseando por la calle exhibiendo, entusiastas, un amor que rompe las barreras generacionales. Al otro lado de la calle, dos figuras inmóviles: su mujer y su hijo. Él los descubre, se detiene y besa ardentemente a su compañera. Está haciendo *footing*. La pequeña aguja penetra en el cuero cabelludo una y otra vez: al final luce de nuevo una orgullosa cabellera. En la feria del libro, participa en una mesa redonda cuando suena el móvil: otro hijo, los corchos de las botellas de champán salen volando, pero cuando llega a casa no hay nadie. Está leyendo otra vez. En un último golpe de consciencia piensa que algo de todo lo que ha leído y escrito debería pasar por su mente, pero sólo se ve a sí mismo leyendo o escribiendo. Y en un último destello de clarividencia, convencido de que la verdad le ha sido revelada en este momento fatal, se da cuenta de que ni

sus lecturas ni sus escritos significan nada; podría haberse dedicado a cualquier otra cosa...

Piensa en las amenazas: «Nadie oirá tus gritos». En que no las tomó en serio. Porque sospechó que... Una última punzada de dolor le arrebató el hilo del pensamiento.

Y empieza el final. El dolor se desvanece. Ahora las imágenes se aceleran. Como si el tiempo apremiara.

Participa en una manifestación; el policía le amenaza con la porra. Está en un prado veraniego y un caballo se dirige hacia él. Una culebra se cuele en sus botas de goma y se mete entre los dedos de los pies. Su padre mira distraído el dibujo que ha hecho de la enorme serpiente. Las nubes pasan volando por encima del borde de la capota del cochecito y le parece ver un gato moviéndose allí arriba. Una leche dulce le moja la cara. El grueso y verdoso cordón enseña el camino, y él atraviesa oscuros conductos de carne.

Y el viaje termina.

Desde alguna parte, piensa: «Qué manera más cutre de morir».

## 2

Paul Hjelm estaba convencido de que existían mañanas inmóviles. Y esa mañana de finales de verano era definitivamente una de ellas. No temblaba ni una hoja en los mustios arriates del patio interior ni flotaba una sola mota de polvo en el despacho donde se encontraba mirando por la ventana. Es más, la cantidad de células cerebrales activas dentro de su cráneo era ínfima. En otras palabras: se trataba de una mañana verdaderamente inmóvil en el edificio de policía de Kungsholmen, en Estocolmo.

Lamentablemente también había sido un año bastante inerte. Paul Hjelm pertenecía al equipo policial que el año anterior había trabajado en la investigación sobre el llamado Asesino del Poder, un asesino en serie que saltó a los titulares de todo el país cuando empezó a eliminar metódicamente a diversos peces gordos del mundo empresarial sueco. Debido al éxito de la investigación, el grupo se convirtió en una unidad permanente dentro de la policía criminal nacional, un recurso de reserva destinado a «crímenes violentos de carácter internacional», tal y como rezaba la denominación oficial. En la práctica se trataba de estar preparado para las nuevas formas de criminalidad que aún no se habían instalado de forma definitiva en Suecia.

Y ahí estaba el problema. Había pasado un año sin que ningún «crimen violento de carácter internacional»

hubiera azotado el país, motivo por el cual cada vez se alzaban más voces críticas cuestionando la utilidad del Grupo A.

En realidad no se llamaba Grupo A; ese era el nombre que se les había ocurrido cuando, un año y medio antes, se formó la unidad y hubo que inventarse algo de prisa y corriendo. Por razones formales y para justificar su existencia, ahora se referían a ellos como «La unidad especial de la policía criminal nacional para crímenes violentos de carácter internacional», pero como nadie conseguía terminar el título sin soltar la carcajada, extraoficialmente seguía siendo el Grupo A, nombre que también resultaba bastante cómico pero que por lo menos poseía una cierta carga afectiva. De cualquier forma, el grupo estaba a punto de pasar a mejor vida. Mantener a varios empleados públicos sin nada que hacer no era precisamente lo que más se llevaba en esos tiempos, por lo que, poco a poco, empezaron a dismantalar el grupo: les encomendaban ridículas misiones de índole muy diversa y los asignaban provisionalmente a otras unidades. A pesar de que el jefe formal del equipo, Waldemar Mörner, director de departamento de la Dirección General de Policía, lo defendía con uñas y dientes, todo parecía indicar que la saga del Grupo A pronto pasaría a mejor vida.

Les hacía falta un sólido asesino en serie. De categoría internacional.

Paul Hjelm se quedó embobado mirando la mañana inmóvil, atento a cómo una pequeña hoja, una de las pocas amarillas que había, temblaba y caía al suelo de hormigón del tedioso patio. Se sobresaltó, como si hubiese visto la premonición de un huracán, y volvió en sí. Con un par de zancadas, se plantó delante de un pequeño espejo descascarillado que colgaba de la pared del anónimo despacho y contempló el grano que tenía en la mejilla.

Le había salido durante la caza del Asesino del Poder, y una persona que le era muy cercana había dicho

que parecía un corazón. De eso hacía mucho tiempo. Aquella persona se alejó, y a la que ocupó su lugar el grano le resultaba más bien asqueroso.

Recordaba el caso de los Asesinatos del Poder con una mezcla de melancolía y sensación de irrealidad. Fue una época rara, una extraña mezcla de éxito profesional y catástrofe personal. Una experiencia dolorosa, como no podía ser de otra manera.

Su mujer, Cilla, lo había dejado. Se había quedado solo con los niños en el chalet adosado de Norsborg en medio de una de las investigaciones criminales más importantes de todos los tiempos en el país. Los niños tuvieron que cuidar de sí mismos mientras él se dejaba absorber cada vez más por el caso y hallaba en los brazos de una compañera de trabajo un consuelo erótico de doble filo. Todavía le resultaba difícil separar lo que realmente había ocurrido entre ellos de lo que sólo había pasado en su imaginación.

Pero en cuanto el caso se resolvió, el tren de la vida volvió a encarrilarse en la vía de la rutina, tal y como él solía decirse en sus momentos líricos; un vagón tras otro se fueron incorporando desde las vías muertas a los raíles principales, hasta que la vieja locomotora Hjelm recuperó su aspecto habitual. Cilla regresó y la vida familiar se normalizó; a los integrantes del Grupo A —y sobre todo a él mismo— los proclamaron héroes y el grupo se ganó la condición de fijo; consiguió un ascenso y un horario de trabajo normal; se hizo amigo íntimo de un par de compañeros; la compañera se buscó otro hombre, y se reinstaló la calma, con lo que todo el mundo feliz y contento.

Sin embargo, tanta tranquilidad y alegría debían de haberle provocado una sobredosis, porque un día, de repente, después de unos seis meses —el tiempo que tardaron en atar todos los cabos sueltos y conseguir un veredicto—, vio, como si el encuadre del *zoom* de una cámara se ampliara abruptamente, la línea principal por

la que avanzaba el convoy convertida en la vía de un tren eléctrico de juguete y los extensos paisajes e interminables cielos reducidos al suelo, las paredes y el techo de cemento de un pequeño sótano. Y en lugar de encaminarse a toda marcha hacia el horizonte, el tren no hacía más que repetir el mismo circuito.

A medida que el trabajo del Grupo A empezaba a ser cuestionado le entraron toda una serie de dudas. Le parecía que la vuelta a los viejos carriles trillados era sólo una puesta en escena; como si todo fuese una construcción chapucera, como si no hubiese ningún fundamento bajo las vías del tren y la menor ráfaga de viento las fuera a arrancar de cuajo.

Hjelm se contemplaba en el espejo. En torno a los cuarenta, el típico cabello sueco, rubio, cada vez con más entradas: un aspecto bastante convencional. A excepción del grano, del que acababa de quitar un trocito de piel y al que echó un poco de crema antes de volver a la ventana. La mañana seguía inmóvil. La pequeña hoja amarilla permanecía quieta en el lugar exacto donde había caído. Durante su ausencia, ni un solo soplo de aire se había abierto camino por el patio.

Les hacía falta un sólido asesino en serie. «De categoría internacional», pensó Paul Hjelm antes de volver a sumirse en su orgía autocompasiva.

Cilla volvió, cierto. Él volvió, cierto. Pero ni en una sola ocasión habían hablado de lo que hicieron y sintieron durante la separación. Al principio lo había considerado una señal de mutua confianza, aunque luego le afloró la sospecha de que se había abierto una brecha insalvable entre ellos. ¿Y cómo estaban en realidad los niños? Danne tenía dieciséis años, Tova casi catorce, y a ratos, cuando conseguía captar sus evasivas miradas, Hjelm se preguntaba si ya habría consumido todo su capital de confianza. Ese extraño verano hacía ya más de un año, ¿habría dejado huellas que perturbarían sus vi-

das mucho después de su propia muerte? La idea le producía vértigo.

Y la relación con Kerstin Holm, su compañera de trabajo, también parecía haber entrado en una nueva fase. Se cruzaban varias veces al día y cada nuevo encuentro era más tenso que el anterior. Tras el intercambio de miradas se ocultaban unos abismos que tampoco habían sido explorados, pero que lo pedían a gritos. Ni siquiera la buena relación que tenía con su jefe, Jan Olov Hultin, y con sus compañeros Gunnar Nyberg y Jorge Chávez era igual que antes. El pequeño tren de juguete daba una vuelta tras otra en su circuito cerrado.

Y luego esa terrible sospecha: que el único cambio que se había producido era el suyo propio. Porque él sí había cambiado de verdad. De pronto, se dio cuenta de que escuchaba música a la que nunca se había acercado antes y de que devoraba libros que hasta hacía poco ni sabía que existían. Echó un vistazo a su mesa, donde un reproductor de CD portátil y un desgastado libro de bolsillo se arrimaban lomo contra lomo. En el reproductor había algo tan misterioso como *Meditations*, de John Coltrane, uno de los últimos discos del maestro, una extraña mezcla de salvaje improvisación y quieta devoción. El libro era *Amerika*, la novela de Kafka que menos atención había despertado, pero en cierto sentido la más curiosa. Paul Hjelm nunca olvidaría los acontecimientos que se desencadenan en esa historia cuando el joven Karl, a punto de desembarcar en el puerto de Nueva York, cae en la cuenta de que se ha dejado el paraguas y regresa al barco. Estaba convencido de que era precisamente ese tipo de escenas las que uno vuelve a ver en el momento de la muerte.

A veces echaba la culpa a los libros y a la música por la recurrente visión del tren de juguete. Quizá sería más feliz si a su alrededor siguiera viendo extensos paisajes abiertos y largas rectas.

La mirada volvió al patio. La pequeña hoja amarilla yacía todavía en su sitio. Todo permanecía quieto.

De repente, sin previo aviso, la hoja se elevó en espiral como llevada por un torbellino; se desprendieron más hojas, tanto amarillas como verdes, y representaron una impetuosa y abigarrada danza entre las fachadas del patio. Luego todo cesó, tan repentinamente como había empezado, y el solitario remolino de aire siguió su camino, invisible, dejando tras de sí unas cuantas hojas abandonadas en medio del triste cemento.

La puerta se abrió de golpe y entró Jorge Chávez. La presencia de ese enérgico treintañero al que Hjelm tenía como compañero de despacho le hizo sentirse diez años mayor. Pero estaba dispuesto a aceptarlo, pues Chávez se había convertido en uno de sus mejores amigos. Había llegado al Grupo A desde el distrito de Sundsvall, donde se había autoproclamado el único poli sudaca de toda la provincia de Norrland. En realidad había nacido en Estocolmo, hijo de refugiados chilenos residentes en Rågsved. Hjelm nunca había entendido cómo Chávez había logrado aprobar las pruebas físicas para entrar en la Academia: medía como mucho uno setenta. Por otra parte, se trataba de uno de los policías más agudos y sin duda el más vital que Hjelm había conocido. Además, era bajista de jazz a nivel profesional.

La pequeña y compacta figura se deslizó silenciosamente hacia su lado de la doble mesa de trabajo, quitó la funda sobaquera que colgaba de la silla, se la colocó, comprobó el arma reglamentaria y se puso la veraniega americana de lino.

—Pasa algo—dijo—. Hay mucho movimiento por los pasillos.

Hjelm se dispuso, un poco dubitativo, a coger también su funda de pistola.

—¿Cómo que movimiento?

—Es difícil de decir. Pero la voz de Hultin sonará

dentro de treinta segundos, seguro. ¿Nos apostamos algo?

Paul Hjelm negó con la cabeza. Contempló el CD y el libro que había encima de la mesa, y echó un vistazo al montón de hojas del patio. Acto seguido se sacudió para quitarse la pereza de encima y ocupó su puesto en la locomotora. El tiempo adoptó un nuevo ritmo.

Una voz resonó con sequedad por el interfono; pertenecía al jefe operativo del Grupo A, el comisario Jan Olov Hultin.

—Reunión urgente. Todos. Inmediatamente.

Hjelm cerró la cazadora de cuero por encima de la funda sobaquera; se sintió presente, cien por cien concentrado en el ahora. Se encaminaron a toda prisa hacia lo que una vez respondió al nombre de «cuartel general del alto mando» y que quizá —pensó Hjelm esperanzado— podría volver a llamarse así. En el pasillo, una puerta se abrió dándole un golpe en todas las narices a Chávez. Viggo Norlander salió de su despacho sin conceder la menor importancia a lo que acababa de hacer. Tras el caso de los Asesinatos del Poder, Norlander había pasado de ser un policía muy formal que cumplía a rajatabla el reglamento policial a convertirse en el chico malo del grupo; los viejos trajes de burócrata gris habían sido sustituidos por jerséis de cuello vuelto y cazadoras de cuero, y los incipientes michelines por unos abdominales perfectos.

El resto del grupo ya estaba en su sitio cuando Norlander y Hjelm irrumpieron en la sala. Chávez llegó un instante después, presionando un pañuelo contra su nariz. El comisario Jan Olov Hultin le lanzó una escéptica mirada desde la mesa que presidía la pequeña sala de conferencias, donde estaba sentado como un aburrido maestro de escuela a la espera de la jubilación. Detrás de las diminutas gafas, colocadas en la enorme narizota como una suerte de excrecencia natural, no se percibía ningún brillo recién encendido, a excepción quizá de

una chispa apenas perceptible que asomaba por el rabillo. Aclaró la voz.

La tropa estaba al completo. Todos se habían presentado a primera hora, como siempre, para luego poder irse pronto. Además, por una vez, nadie había sido cedido a otra unidad ni a ninguna de las peculiares comisiones de servicios que venían siendo habituales, una circunstancia que parecía diseñada por el destino. Gunnar Nyberg, Arto Söderstedt y Kerstin Holm se habían puesto en primera fila. Nyberg y Söderstedt pertenecían a la misma generación que Norlander y, por tanto, le sacaban unos cuantos años a Hjelm y muchos más a Chávez. La edad de Holm —la única integrante femenina del grupo— se situaba en algún lugar entre la de estos dos últimos. Era una mujer baja y morena, originaria de Gotemburgo, con mucha personalidad y curtida en mil batallas; junto con Hjelm y Chávez formaba un trío cerebral formidable. Por otro lado, tenía algo importante en común con el policía más cuadrado del grupo, su compañero de despacho Gunnar Nyberg: los dos cantaban en un coro y no les daba vergüenza ser pillados in fraganti ensayando *a cappella* en su oficina. Nyberg tenía un duro pasado de brutal culturista atiborrado de esteroides, pero ahora era un tímido caballero de mediana edad, una montaña de carne vestida sin demasiado gusto, y un virtuoso del bel canto que, sin embargo, cuando era necesario, podía recuperar las viejas prácticas; algo que hizo durante la investigación de los Asesinatos del Poder, cuando, con una bala en el cuello, se abalanzó sobre un coche en plena aceleración y consiguió detenerlo. Söderstedt, por su parte, un finlandés suecoparlante de piel blanquísima, era el miembro más singular de todo el grupo: había sido un abogado estrella, pero, perseguido por su conciencia, decidió poner punto final al ejercicio de su profesión. Siempre trabajaba un poco por su cuenta, siguiendo sus propios y pecu-

liares métodos, bastante alejados de los caminos más habituales.

Norlander, Chávez y Hjelm se sentaron en la segunda fila. Hultin hizo sonar su habitual voz neutra:

—Un ciudadano sueco ha sido asesinado en Estados Unidos. Pero no un ciudadano cualquiera, ni en un sitio cualquiera, ni por una persona cualquiera. Hace unas horas, en el aeropuerto Newark, en las afueras de Nueva York, un crítico literario sueco relativamente conocido ha perdido la vida tras haber sido torturado con gran brutalidad por un diligente asesino en serie en activo desde hace un par de décadas. Hasta ahí, nada que tenga que ver con nosotros.

Siguió una de esas pausas dramáticas a las que Hultin solía recurrir. Luego continuó:

—Nuestro problema es que este sólido asesino en serie, de categoría internacional, dicho sea de paso, viene hacia aquí.

De nuevo un silencio, esta vez algo más tenso.

—La información proporcionada por el FBI indica que el asesino ha ocupado el asiento del crítico literario en el vuelo SK 904, que llega al aeropuerto de Arlanda en menos de una hora: a las 8.10 horas. Hay un total de ciento sesenta y tres pasajeros a bordo, y la policía de Nueva York ha optado por no avisar a la tripulación. Ahora mismo estamos en la más absoluta incertidumbre respecto a la identidad del perpetrador del crimen, algo que no resulta tan raro teniendo en cuenta que este individuo lleva veinte años burlando al FBI. Sin embargo, parece que albergan ciertas esperanzas de poder identificar el nombre bajo el cual viaja antes de que aterrice el avión. Tengo una línea abierta con un tal Lerner, agente especial en Nueva York. Necesitamos, por tanto, estar preparados para dos posibilidades: la primera, que dispongamos del nombre a tiempo, lo que supondría un cierto riesgo de altercado violento; la segunda, que no lo ten-

gamos, lo que nos obligaría a tratar de identificar, entre ciento sesenta y tres pasajeros, a un asesino en serie cuyas únicas características conocidas son que se trata de un hombre de raza blanca y probablemente de más de cuarenta y cinco años de edad.

Hultin se levantó, subió la cremallera de su vieja cazadora para tapar la culata de la pistola que llevaba en la funda sobaquera y se inclinó hacia delante:

—En realidad, la situación es muy simple —continuó tranquilamente—. Si fallamos, Suecia habrá importado de Estados Unidos a su primer asesino en serie. Intentemos evitar eso.

Echó a andar en dirección al helicóptero que los estaba esperando mientras pronunciaba las siguientes palabras para la posteridad:

—El mundo se encoge, señoras y caballeros. El mundo se encoge.

# 3

Esa quietud inconmensurable e insustituible que siempre se instalaba en su cuerpo lo inundaba con oleadas de dicha. Sabía que nunca lo iba a dejar.

Allí fuera se extendía el inmenso vacío donde la tierra no es más que una insignificante excepción, un borrón divino que mancha el folio de la gran perfección, un desliz que, sin duda, debería haber acabado con la ilimitada divinidad de lo divino.

Una fina hoja de plexiglás lo separaba del vertiginoso vacío, de ese vacío del que se sentía partícipe gracias a la paz que reinaba en su interior y con el que copulaba en un balanceo divino.

La nubosa mecedora de la quietud apartaba las imágenes de su mente, que ya estaban lejos. Hasta se podía permitir el lujo de pensar en ellas sin que, en ningún momento, se le borrara la plácida sonrisa de los labios.

Incluso era capaz de pensar en la bajada al sótano, un descenso que ya no se representaba en imágenes —en tal caso habría tenido que conjurarlo, ahuyentándolo mediante el humo de la inmolación—, sino como un relato, como una estructura coherente. Y aunque sabía que pronto perdería de nuevo todo eso, conminado a realizar otro sacrificio, lograba disfrutar de su repentina y diáfana perfección.

Estaba de camino.

Bajaba por esa escalera, cuya existencia desconocía, que le estaba conduciendo a un sótano que tampoco sabía que existiera. El pasadizo secreto en el armario. El aire inolvidable, dulzón y polvoriento, de la escalera. Los silenciosos peldaños de cemento que parecían no tener fin. El crudo y húmedo frío de la barandilla.

La consecuencia natural, obvia, de la iniciación. Cuando pudo levantar la vista, y unos pasos seguían a otros bajando hasta la oscuridad original, esa lógica le pareció irrefutable. Había sido elegido.

Un círculo debía cerrarse. Eso era lo que tenía que hacer ahora. Luego podría empezar en serio.

La escalera continuaba. Todo atisbo de luz desaparecía. Siguió bajando a tientas, paso a paso.

Se permitió una pausa, mientras la quietud lo mecía acercándolo poco a poco al sueño liberador. Siguió con la mirada el imperfecto balanceo del ala del avión rumbo al perfecto balanceo de la eternidad.

De pronto se hizo visible otra luz, completamente diferente, que lo guió por los últimos peldaños de la escalera. Un marco icónico de luminosidad que se filtraba por la puerta enmarcando una oscuridad más luminosa que cualquier luz. Un halo que le enseñaba el camino. Un marco dorado en torno a una futura obra de arte.

Que ahora se perfeccionaría.

Entreabrió la puerta que llevaba al reino milenario.

Al otro lado de la ventana la Osa Mayor se fusionó con la Osa Menor formando una Osa Aún Mayor.

—*Tonight we can offer you the special SAS Swedish-American long drink for a long night's flight, sir\**—oyó canturrear a una suave voz femenina.

Pero para entonces ya se había quedado dormido.

\* «Esta noche podemos ofrecerle una bebida larga especial suecoamericana de la SAS para el largo vuelo nocturno, señor.» (*N. de los t.*)

# 4

El Grupo A despegó del helipuerto del edificio de la policía a las 7.23 del miércoles 3 de septiembre. Los siete formaban una unidad que en realidad ya no existía. Paul Hjelm pensó por un instante que sólo imitaban a un equipo del pasado, pero esa idea se esfumó y se concentró enseguida en la misión. Como todos los demás.

Estaba apretujado entre el enorme cuerpo de Gunnar Nyberg, un tanto jadeante, y el esquelético envoltorio de Arto Söderstedt. Enfrente, la menuda figura de Kerstin Holm se hallaba aprisionada entre los músculos —extremadamente entrenados a pesar de su edad— de Viggo Norlander y la compacta presencia de Jorge Chávez, tan juvenil como indiferente. Entre las dos filas, en una posición en apariencia imposible para un hombre que rondaba los sesenta, por mucho que siguiera siendo un durísimo defensa en su equipo de fútbol, se agachaba Jan Olov Hultin, provisto de tal cantidad de papeles que era imposible explicar cómo había podido reunirlos en tan poco tiempo. Se ajustó las gafas en la monumental nariz y, con el ruido del helicóptero restando algo de la neutralidad característica de su tono de voz, dijo:

—Esto va a ser complicado. La policía de Arlanda y de Märsta ya se ha personado en el aeropuerto. Hordas de agentes armados con metralletas llevan por lo visto un

buen rato dando vueltas por el vestíbulo de llegadas de vuelos internacionales metiéndoles el miedo en el cuerpo a los pobres turistas. Creo que, de momento, he conseguido quitarlos de en medio. Tengo entendido que nos enfrentamos a un hombre que no se detiene ante nada, una máquina de matar programada a la perfección. Si empieza a sospechar algo, corremos el riesgo de provocar un baño de sangre, una toma de rehenes y cualquier otro escenario dantesco que podamos imaginar. De modo que debemos actuar con la mayor precaución posible.

Hultin buscó en el revoltijo de papeles.

—Hay más de ciento cincuenta personas a bordo del avión y evidentemente no podemos meterlos a todos en un viejo hangar como si fueran un rebaño de ovejas; mataríamos del susto a más de uno. Por lo tanto, procederemos de la siguiente manera: se realizará un meticuloso control de pasaportes, bajo nuestra supervisión, claro está, prestando la máxima atención a los hombres de raza blanca que viajan solos, que sin duda serán bastantes tratándose de un típico vuelo de clase *business*. Las aduanas nos han proporcionado una especie de escáneres con las que el agente de control, sin llamar la atención, podrá copiar todas las fotos de los pasaportes. El agente no va a estar solo en su cubículo, sino que ahí os instalaréis vosotros, en un discreto segundo plano; en la práctica, seréis invisibles desde fuera. He conseguido reducir el número de controles a dos, algo que provocará alguna retención en el paso de los viajeros, pero que nos facilitará la vigilancia. En esos dos cubículos estarán Kerstin y Viggo. Debéis actuar con rigor, atención y cautela. No debéis intervenir a no ser que existan indicios muy claros; de lo contrario, limitaos a mantener el contacto por radio. Durante el paso de los viajeros por la sala de tránsito, desde la puerta y hasta el control de pasaportes, que es la zona de bares y tiendas, el riesgo será menor, ya que no hay ninguna salida por esa zona. Allí

he enviado a la policía de Märsta, bajo el mando de Arto. Por lo tanto, Arto, debes dirigirte directamente a la puerta de desembarque. Asegúrate, ante todo, de que nuestros colegas de Märsta pasen desapercibidos. Nuestra misión será vigilar que nadie se salte el control. Coloca a agentes en los servicios, en las tiendas, en todos los espacios accesibles al viajero, que no son muchos. Los demás nos instalaremos en el vestíbulo de llegadas y afuera, porque si algo sucede será afuera, de eso estoy convencido. En realidad, el trabajo de Arto consiste en conducir al rebaño hasta el control de pasaportes. Como un pastor de ovejas.

—¿Hay otras llegadas previstas a la misma hora?  
—preguntó Arto Söderstedt con su sonoro, casi exagerado, acento finlandés mientras, dubitativo, bajaba la mirada hacia el lecho de la autopista E4, por el que se deslizaban como si estuvieran a bordo de una balsa de helio—. Ovejas descarriadas —añadió casi imperceptiblemente. Pero Hjelm lo oyó y, por el rabillo del ojo, le lanzó una mirada desaprobatoria.

Hultin volvió a sumergirse en ese mar de papeles castigado por el viento.

—No, no hay ninguna otra llegada prevista.

—¿Y los chicos de las metralletas? —se interesó Nyberg.

—Van a estar disponibles en todo momento. Pero sólo en caso de necesidad.

—¿Y la Säpo?—inquirió Söderstedt.

A Arto Söderstedt le gustaba mencionar a la Säpo. El campo de actuación del Grupo A rozaba con infalible precisión el de la policía de seguridad, lo que hacía que sus actividades se solaparan continuamente y se sucedieran los conflictos. Todo el mundo recordaba el modo en que durante el reciente caso del Asesino del Poder, la Säpo había saboteado la investigación de la manera más flagrante.

—Sin duda, estarán allí —asintió Hultin con un ges-

to que era un suspiro visual—. Pero, ya que nunca nos informan de nada, actuaremos como si no existieran. Bueno, como ya sabéis, la sala de llegadas tiene una única salida que, en el paso de la aduana, justo antes de acceder al vestíbulo principal del aeropuerto, se bifurca formando una T. Necesitamos dos hombres fuera, uno a cada lado: Gunnar y Jorge. Paul y yo intentaremos no parecer policías en algún sitio de la zona de recogida de equipajes, para tener una visión general de toda la sala de llegadas. Resumiendo, la vigilancia se estructurará en cuatro fases: primero, la puerta de desembarque, con Arto y los policías de Märsta; luego el control de pasaportes, con Kerstin y Viggo; a continuación el vestíbulo de llegadas donde estaremos Paul y yo mismo, y por último la salida, con Gunnar y Jorge. ¿Ha quedado claro?

—El dispositivo está clarísimo —dijo Hjelm—. La cuestión es si dará resultado cuando lo pongamos a prueba con dos centenares de pasajeros resacosos y con *jet-lag*.

Hultin dejó pasar las palabras de Hjelm sin inmutarse y continuó:

—Todo depende de nuestra capacidad de cambiar rápidamente del plan A al plan B. Si nos comunican el nombre que usa el asesino antes de que los viajeros lleguen al control de pasaportes, toda nuestra atención se dirigirá hacia ese punto. Habrá que detenerlo allí mismo, si es que no ha cambiado de identidad durante el vuelo, claro. ¿Entendido? En tal caso, el trabajo de Viggo y Kerstin será clave. Eso sería el plan B, pero de momento sigue vigente el A, es decir, que no tenemos la más mínima idea de quién es. Ahora son, veamos ... las 7.34, y en cualquier momento me va a llamar el agente especial Larner —sonó su móvil, con un ridículo tono de Mickey Mouse que Hultin, con una ágil manipulación del teléfono, se apresuró a apagar—. Aquí está.

Les dio la espalda para atender la llamada. La E4 avanzaba ahora entre campos de cultivo abonados con los

gases contaminantes de los coches y decorados con algún que otro tractor que luchaba valeroso contra los nuevos tiempos. Era un claro día de finales de verano, aunque recorrido por difusos estremecimientos que presagiaban el otoño. «El verano se ha acabado», pensó Hjelm fatídico, y acto seguido su voz interior añadió con un temblor patético: «El otoño se ha apoderado de Suecia».

A lo lejos, más allá de los campos, se alzaba un complejo urbanístico sumamente deforme.

—La ciudad de Arlanda, ¿no? —gritó Kerstin Holm.

—Inconfundible —replicó Arto Söderstedt.

—Habremos llegado en cinco minutos —comentó Gunnar Nyberg.

—*But why?*\* —vociferó Hultin de repente. Se quedó callado un momento, escuchando, y luego colgó.

—No —dijo—. No han conseguido averiguar el nombre. Parece ser que el asesino, haciéndose pasar por la víctima, canceló su billete, y que poco después reservó una plaza en el mismo vuelo con otro nombre, falso por supuesto. Aun así, necesitamos ese nombre. No entiendo por qué coño tardan tanto en averiguarlo si saben que es la última reserva. Así que de momento sigue vigente el plan A.

El helicóptero se desvió de la E4, entrando por encima de los bosques en las inmediaciones del aeropuerto. Llegó a Arlanda International veinticuatro minutos antes que el vuelo SK904 procedente de Nueva York; cinco minutos más tarde todos los integrantes del Grupo A estaban en sus puestos.

Chávez se abrió camino entre la muchedumbre de futuros y antiguos turistas del vestíbulo principal, aún no demasiado intimidatoria, y se sentó en un banco al lado de una máquina de Coca-Cola desde donde disfrutaba de una vista completa de su área de vigilancia. Activó su

\* «Pero ¿por qué?» (*N. de los t.*)

mirada de halcón. Como siempre, su nivel de motivación se hallaba un poco por encima del punto máximo.

Medio minuto más tarde llegó Gunnar Nyberg, algo más tocado por el viaje en helicóptero. Se sentó en una mesa de la cafetería, con el rostro empapado en sudor frío y caliente y la mirada dirigiéndose alternativamente a Chávez y a la salida desde las aduanas. En manifiesta necesidad de una inyección de energía, pidió una bebida isotónica de una marca que conocía de sus tiempos como culturista. Se la tomó de un trago y le quedó claro que esa bebida en la actualidad se preparaba con el líquido que se obtiene al exprimir la vieja ropa deportiva de todos los gimnasios del mundo. Consiguió hidratar el organismo, pero también alimentó el mareo.

Mientras tanto, un quinteto fácil de identificar se dirigió a las aduanas. Hultin intercambió unas palabras con los aduaneros, manifiestamente nerviosos, antes de unirse a los otros cuatro en la sala de llegadas. Se colocó al final de una cola que serpenteaba delante de una ventanilla de cambio de divisas, desde donde tenía una buena panorámica de todo el recinto. El resto del grupo se encaminó hacia el control de pasaportes, hasta que Hjelm se separó de los demás para acercarse a la zona de recogida de equipajes, donde se quedó mirando embozado una cinta de maletas vacía. Pocas veces se ha visto a un policía parecer tanto un policía, y cuanto más se esforzaba para pasar desapercibido más se le notaba. Cuando ya sentía cómo la luz de la sirena giraba encima de su cabeza dejó de intentarlo, y así logró disimular mejor. Se sentó en un banco y se puso a ojear un folleto cuyo contenido siempre sería una incógnita para él.

En el control de pasaportes, Norlander y Holm fueron recibidos por un funcionario que los condujo a sus respectivos cubículos, donde acabaron sentados en incómodos taburetes detrás del agente de control. Desde fuera su presencia apenas se percibía, y aun en ese caso tampoco

debía parecer tan rara. Se instalaron con tranquilidad en sus puestos aguardando la afluencia de viajeros.

Ya sólo quedaba Arto Söderstedt. Tras atravesar el control de pasaportes, subió hasta la sala de tránsito por la escalera mecánica, zigzagueando entre dispersos viajeros rezagados. No le hacía falta consultar los monitores para identificar la puerta; un grupo de caballeros fácilmente reconocibles permanecían sentados delante de la puerta pero de una manera tan despreocupada que se veía a la legua que eran policías. Söderstedt reunió a los agentes y los fue distribuyendo por la zona. Un somero vistazo puso de manifiesto que los lavabos eran los únicos espacios realmente apartados. Colocó a un policía fuera de cada aseo y se aseguró de que todas las zonas dedicadas al personal del aeropuerto permaneciesen cerradas a cal y canto. Sólo quedaban los *duty-free*, los bares y las cafeterías. Para este último cometido echó mano de un tal Adolfsson, uno de los agentes encargados de velar por la seguridad pública del municipio de Märsta, que aun apoyado en la barra del bar consiguió la verdadera proeza de estar fuera de lugar.

La sala de tránsito seguía estando relativamente vacía. Söderstedt se sentó delante de la puerta pero a esperar. Por la zona deambulaban unos cuantos pasajeros remolones de anteriores vuelos.

Un ligero cambio en el estado de las cosas —tras la denominación «SK 904, New York», en el monitor de llegadas centelleaba ahora la breve y fatídica palabra «En tierra»— hizo que Arto Söderstedt se introdujera el abominable pinganillo en el oído; siempre le daba la sensación de que el aparato desaparecía en lo más profundo de las circunvoluciones cerebrales. Dirigió la mirada a la derecha, a la ventana panorámica, desde donde vio pasar el avión; pulsó un botón en el interior del cinturón, carraspeó y dijo:

—El buitre ha aterrizado.

Se levantó, se ajustó la corbata y, tras echarse la bolsa al hombro, se quedó esperando con los ojos cerrados. Unos niños correteaban de un lado para otro entre sus piernas, mientras los padres les lanzaban gritos desgarradores y penetrantes. Unos caballeros enfundados en elegantes trajes, con sonrisas bien ensayadas, se mantenían a una prudente distancia de los pasajeros de segunda clase.

Permaneció quieto. Apenas dejaba notar su presencia. No cruzó la mirada con nadie. Nunca lo hacía.

La cola se puso en movimiento bastante rápido, a pesar de todo, y el atasco se disolvió. Atravesó con tranquilidad el pasillo del avión y cruzó la ruidosa plancha metálica para adentrarse en la oscilante pasarela que le llevaría a la terminal.

Salió a tierra firme. Había llegado.

Ahora el círculo se iba a cerrar.

Ahora iba a poder empezar en serio.

Resultaba interesante ver cuántas caras era capaz de archivar el cerebro antes de que empezaran a entremezclarse. Söderstedt se dio cuenta de que el límite se hallaba en torno a la cincuentena. Al final, la afluencia de pasajeros procedentes de Nueva York no era más que una anónima masa gris, en su mayoría formada por hombres blancos de mediana edad que viajaban solos.

Nadie se distinguía del montón. La horda de viajeros bajaba por la sala de tránsito de forma bastante uniforme; algunos entraban en los aseos y volvían a salir enseguida, mientras otros hacían una visita rápida a alguna tienda y unos cuantos se acercaban a la cafetería a comprar un sándwich sólo para ver su apetito arruinado en la caja. Algunos fueron a parar a la barra del bar, donde, perplejos, intentaron trabar conversación con un agente Adolfs-son directamente salido del museo de cera y que daba la impresión de estar a punto de estirar la pata allí mismo.

Menuda atracción turística, pensó Söderstedt.

Los primeros pasajeros procedentes de Nueva York se aproximaban a la escalera que conducía al control de pasaportes.

—Ya llegan —se le escapó en voz alta, convirtiéndose así en la única persona cuyo comportamiento se desviaba de la normalidad.

Las palabras resonaron en los conductos auditivos de Kerstin Holm como la declaración de paz que puso fin a la segunda guerra mundial. Hacía rato que redactaba en su cabeza su carta de dimisión, harta de los pedos furtivos del agente de control de pasaportes, que estaban convirtiendo el cubículo en una cámara de gas, y convencida de ella no estaba hecha para aguantar aquello. Pero de pronto, los primeros rostros americanos se asomaron por el cristal medio opaco y todas las sensaciones olfativas se disiparon. Con elegancia, el agente fue introduciendo todos los pasaportes en un pequeño escáner conectado a un ordenador y los copió sin que nadie lo advirtiera, registrando así de forma inmediata tanto la foto como el nombre; por lo menos quedaría una imagen grabada del asesino.

Las caras iban desfilando ante ellos. Tras cada sonrisa y cada bostezo Kerstin Holm intentaba imaginarse a un despiadado asesino. Sin mucho éxito. El insistente tic en el rabillo del ojo que manifestó un caballero al quitarse a regañadientes sus Ray Ban hizo que Kerstin casi llamara a Hultin. Por lo demás, todo había empezado de forma muy tranquila.

Viggo Norlander vivía de manera algo distinta su encierro en la garita. Norlander era el único integrante del Grupo A que había tenido un año maravilloso; después de tocar fondo durante la investigación de los Asesinatos del Poder —cuando preso de un arrebató de rabia terminó crucificado por la mafia en Estonia—, su rutinaria vida de soltero había adquirido nuevas dimensiones.

Empezó a hacer ejercicio, se sometió a un trasplante de pelo y recuperó el interés por el género femenino. Las manos estigmatizadas habían supuesto, después de todo, un nuevo comienzo. De modo que al encontrarse en el puesto con una joven agente de control empezó sin ningún reparo a cortejarla, y en este caso fue la agente la que, cuando empezaron a llegar los pasajeros, ya tenía preparada una carta imaginaria, pero de denuncia por acoso sexual.

En un abrir y cerrar de ojos, Norlander se olvidó de la mujer y se concentró en su misión. Con la adrenalina a tope, descubría en cada viajero a un potencial asesino en serie. Cuando ya le había señalado a Hultin a su tercer sospechoso —un toxicómano negro de unos dieciocho años—, recibió una reprimenda tan fuerte que Norlander que de pronto, y con toda la fuerza del recuerdo, revivió su pasado. Lo que provocó un cambio inmediato de actitud y le hizo tomar la decisión de juzgar a los viajeros con mayor rigor, según se dijo para sus adentros.

Llevaba un par de minutos sumido en un resentido silencio cuando un individuo bien vestido de unos cuarenta y cinco años, con una confiada sonrisa en los labios y una bolsa de viaje en el hombro, entregó el pasaporte a la agente de control, que discretamente lo escaneó, registrando así el nombre de Robert E. Norton. De pronto, el caballero, al alzar la vista por encima de la mujer, descubrió a Norlander. Su sonrisa se apagó al instante y se puso a parpadear intensamente mientras lanzaba nerviosas miradas a los lados. A continuación agarró el pasaporte y echó a andar con paso apresurado.

—¡Lo tengo! —gritó Norlander a la invisible y minúscula radio—. ¡Se está largando! —añadió de forma un poco contradictoria antes de abrir la puerta de un violento empujón y lanzarse a la carrera tras Robert E. Norton.

Norton corría como un poseso con la bolsa golpeándole en el hombro. Norlander, que parecía aún más poseído

que el otro, le seguía de cerca tirando al suelo a las varias señoras que se cruzaron en su camino, pisando pies de niños y destrozando botellas de licor compradas en los *duty-free*. Norton se detuvo y miró a su alrededor con desesperación. Hjelm se levantó de su banco, tiró el folleto sin leer al suelo y se precipitó hacia él. Ver a dos policías con pinta de tener un pasado más que dudoso arrojándose contra él fue demasiado para el americano, que se puso a hacer molinetes con la bolsa encima de su cabeza para acto seguido subirse de un salto a una de las cintas transportadoras de maletas y tirarse de cabeza a través de las tiras de plástico que tapaban el acceso al almacén del equipaje. Norlander se lanzó tras él mientras Hjelm se contentaba con asomarse con cautela por la abertura. Vio a Norlander perseguir a Norton entre dispersas maletas amontonadas unas encima de otras. A continuación entró él. Norton empezó a tirarle bultos a Norlander, que gruñó quedamente y se abalanzó sobre el americano. Éste le lanzó una maleta a los morros que lo envió al suelo. Norton aprovechó la oportunidad y echó a correr de nuevo hacia la abertura de la cinta. Mientras Norlander se levantaba tambaleándose, Norton iba acercándose cada vez más a Hjelm, que lo aguardaba con tranquilidad junto a la cinta. El sospechoso corría directo a los brazos de Hjelm, pero volvió a echar mano de la bolsa y consiguió propinarle al policía un buen mamporro. Hjelm cayó hacia atrás aunque de alguna manera consiguió incorporarse en seguida y echarse encima del agresor. Norlander se lanzó sobre los dos, forzó los brazos de Norton más de lo que parecía físicamente posible y se sentó encima de él con las rodillas en la nuca. Mientras con una mano se apretaba la boca ensangrentada, con la otra Hjelm le quitó la bolsa de un tirón al americano y la vació en el suelo. Apareció una bolsita de hachís. Al mismo tiempo, la voz de Hultin resonó en los pinganillos de los dos policías.

—El FBI me acaba de dar el nombre. Cambio inmediato al plan B. Nuestro objetivo viaja bajo el nombre de

Edwin Reynolds. Repito: Edwin Reynolds. Si el individuo al que habéis perseguido de forma tan discreta por el vestíbulo de llegadas no se llama Reynolds, y no tiene que ver con nuestro caso, soltadlo de inmediato y regresad a vuestras posiciones. Puede que todavía estemos a tiempo de arreglar esto.

Soltaron a Robert E. Norton y dejaron que la policía de Arlanda se encargara de él. Por una puerta lateral, volvieron al vestíbulo de llegadas y al puesto de control de Norlander. Hjelm asumió el mando y vociferó a la agente de control de pasaportes:

—¡Venga, deprisa, joder, Edwin Reynolds! ¿Ha pasado alguien que se llame así?

Con un rápido tecleado en el ordenador, la mujer lo averiguó:

—No. Randolph. Robertsson. Nada entre ellos.

Norlander se desplomó en su taburete. Hjelm en el suelo. Cerraron la puerta, para poder recuperar el aliento y lamer sus heridas. Tal vez todavía hubiera esperanzas: apenas la mitad de los pasajeros había pasado. Si el que buscaban no se encontraba entre las personas a las que Norlander había pisoteado durante su persecución, entonces es que seguía en la cola de pasajeros.

Así razonaban los dos héroes que, ofuscados por las nieblas de la testosterona, se habían olvidado del componente con más estrógenos del grupo.

En los pinganillos de todos sonó la voz de Kerstin Holm:

—Hace once minutos un tal Edwin Andrew Reynolds pasó por mi cubículo. Fue uno de los primeros.

Durante unos interminables segundos reinó el silencio. Luego se oyó a Hultin:

—De acuerdo. Cerrad el control de pasaportes. No dejéis salir a nadie más. Pedid identificación a todo el que veáis en el maldito aeropuerto. De forma discreta, por supuesto. Oficialmente buscamos a unos narcotraficantes.

cantes. Se activan todos los dispositivos. Rápido. Yo organizo los controles de carretera. Kerstin, ¿dispones de alguna foto de él? ¿Qué aspecto tiene?

—La que hay es muy mala. Posiblemente rubio. Lo siento, es una foto pésima.

—¿Y ni tú ni el agente de control os acordáis de nada?

—No, me temo que no... Y ha podido llegar bastante lejos en once minutos.

—Ya. En marcha.

De alguna manera, Norlander se sentía aliviado, a pesar de todo. Su metedura de pata no había sido decisiva. A Hjelm el suspiro de alivio de Norlander se le antojó casi criminal.

Salieron del cubículo al mismo tiempo que Holm, cuya intensa mirada se unió a las de sus colegas; la búsqueda había comenzado.

Había hombres de raza blanca de mediana edad por todas partes. Los agentes armados con metralletas manaron de las cavidades del aeropuerto como gusanos de un cadáver.

Hjelm pasó las aduanas a toda velocidad. Por el rabillo del ojo vio a Gunnar Nyberg con su holgada cazadora desabrochada comprobando los pasaportes de un grupo de pasajeros.

Hjelm salió a la calle. Recorrió con la mirada las aceras repletas de gente. Un autobús de tránsito que se dirigía al centro de Estocolmo enfilaba la curva encima de la colina. Los taxis pululaban por doquier. Cualquier intento de controlar visualmente la zona era inútil.

Corrió por la acera. Una decena de potenciales asesinos en serie observaban sus pasos de corredor mediocre. Mostraron su documentación sin rechistar, y mientras comprobaba los pasaportes el presentimiento que tenía se fue convirtiendo en una idea presta a formularse.

Se detuvo para hacer otro fútil intento de adquirir una visión global. De repente, Hultin apareció a su lado.

Ambos leyeron su propio pensamiento en la mirada del otro. Fue Hjelm quien la expresó. Resultaba inevitable.

—Se nos ha escapado.

Hultin sostuvo la mirada un instante más; asintió con la cabeza en un gesto de entendimiento tácito que, sin embargo, contradijo con un severo tono de voz:

—Entremos y sigamos. No te quedes aquí tocándote las narices.

Hultin desapareció. Hjelm se quedó un rato tocándose las.

Se rozó los labios con la punta de los dedos y se sorprendió al ver que había sangre. Alzó la cabeza hacia el cielo nublado y recibió las primeras y frías gotas de lluvia.

El otoño había llegado a Suecia.